

Flores de papel japonés

*Jean-Baptiste Para*¹

Yo nunca fui a Cuba. Me resulta imposible hablar por experiencia, amarrar mi pensamiento a un recuerdo personal. Mi sola experiencia es pobre y frágil: es la de las cuatro letras de la palabra Cuba abiertas en el corazón como las flores de papel japonés que empiezan a abrirse en cuanto se las pone en el agua.

Sólo puedo mirar esta flor y mezclar con el olor de sus pétalos la respiración nocturna de pensamientos que nacen en las mismas profundidades que el aliento del afecto.

Con todo, el pudor tiene tantos escrúpulos en hablar abiertamente de aquellas cosas, que les ruego se figuren que ahora les habla un pájaro, una golondrina a la que el testigo se confió en voz baja.

Para el hombre de las flores de papel japonés, la luz perenne que emana del nombre de Cuba tiene foco en un episodio de la extensa historia de la hospitalidad humana. Lo propio de nuestra condición, dice, es que si nacemos en un solo lugar, podemos morir en más de un lugar. Los exiliados tienen la conciencia más viva de esto. Y entre ellos María Zambrano, quien también sabía que podemos morir y renacer en cada poema.

Si el hombre de las flores piensa en María cuando piensa en Cuba, es que ella encontró en esta isla mucho más que un refugio. La victoria del fascismo en España la empujó hacia las vías del exilio. Le tocó vivir en todas las fibras de su ser la violencia del desarraigo, el tormento de la desposesión y el abandono. Conoció los peligros del destierro entre los cuales el principal era quizá para ella anticipar el fin de la prueba aceptando elegir como nueva patria lo que no es sino el espejismo de una patria. Y si supo interiorizar los desiertos del exilio para no perderse en ellos, si supo “deshacer” para renacer y convertir la nostalgia en esperanza, volviendo a hacer así el gesto del héroe de la *Eneida*, si supo cambiar el destierro en camino iniciático como en el poema virgiliano, si por fin encontró el sacramento de la amistad en el mismo corazón del sacramento de la soledad, mucho lo debe a Cuba.

Cuando hizo una primera escala en La Habana en octubre de 1936, de vuelta de Chile a donde acompañó a su marido diplomático, se seguía anunciando en la prensa la llegada de los transatlánticos, con la lista de los pasajeros. Fue durante aquella breve estancia cuando conoció el deslumbramiento de un encuentro en todo inaugural con José Lezama Lima. Y tres años después, cuando vino la hora irrevocable de la expulsión del país natal, María ya sabía que se entra en el exilio “como en un océano sin isla alguna a la vista”², pero también sabía que existía Cuba y Lezama su alma gemela. Sabía que siempre se tiene que querer a una isla para no perderse en una noche sin luz. En la misma orilla de su vida mutilada, algunos amigos la rodearon y Cuba fue otra orilla para aquella Antígona republicana que dijo no al fascismo.

Yo nunca fui a Cuba, dice el hombre de las flores de papel japonés, y con todo a veces deseo la lluvia del Malecón. He dicho a mi amor que un día, aquella lluvia chorrearía en nuestras manos y en la sequía de los días. Allí, cómo olvidarlo, alguien supo renovar su residencia en la tierra encontrando su patria prenatal. “*La patria prenatal es la poesía* viviente, el fundamento poético de la vida, el secreto de nuestro ser terrenal”, decía María Zambrano. Aquellas palabras se volvieron talismán tan precioso que veo a Cuba a través de ellos, así como se puede ver en un solo grano de arena los caminos blancos de Galilea.

1. Jean-Baptiste Para nació en París en 1956. Es jefe de redacción de la revista literaria *Europe*. Poeta y crítico, dirigió durante diez años un programa de radio dedicado a la poesía. Recibió el premio Apollinaire por su obra *La Faim des ombres* (2006). Su actividad de traductor de poetas italianos y rusos ha sido recompensada por el premio Laure Bataillon y el premio Nelly Sachs.

2. ZAMBRANO, María, *Los Bienaventurados*, Madrid, Siruela, 1990, p. 31.

En el último poema de Lezama, “El pabellón del vacío”, uno de los preferidos de María, un sedentario *va abriendo* con la uña un pequeño hueco en la pared, o en la mesa de un café, luego desaparece por este vacío y vuelve a encontrarse del otro lado, quizá en Japón, en la alcoba de un *tokonoma*, o en una calle de Alejandría, o en La Habana, paseo del Prado. ¿Podría yo también pasar por la palabra Cuba?, se pregunta el hombre de las flores de papel japonés.

Lo intenta y se pone a pensar en otro gran iniciado del exilio, el palestino Mahmud Darwish, conciencia lúcida y palabra estrellada de un pueblo cuya tragedia sigue viva, interminable y doloroso escándalo. Al hablar de su largo exilio y de su reciente vuelta a Cisjordania, en un discurso pronunciado en 1996 en la Universidad de Bir Zeit, el poeta decía: “Nadie vuelve. Nadie vuelve exactamente al que era en el lugar en que estaba. Sólo se vuelve colectiva o metafóricamente. Pero necesitamos simbólicamente vincular la vuelta de los individuos a significaciones generales, con la esperanza de que una primavera, real o imaginaria, brote del ala de una sola golondrina”.

El hombre de las flores de papel sigue rascando, y he aquí las palabras de la primera égloga de Virgilio: “Podrías esta noche aquí tendido / en blanda y verde hoja dar reposo / al cuerpo flaco, al ánimo afligido³”. Si la arquitectura de las *Bucólicas* no es el fruto del azar sino que responde a un propósito preciso —y sabemos que es así—, conviene darle mucha importancia a la primera égloga, viendo en ella el umbral de un edificio. No sólo lo que Virgilio escribió primero, sino lo que quiso poner al principio. Al principio están dos pastores, Títiro y Melibeo: tendidos en un lecho de hojas, comparten a la vez el poema, el queso fresco y las blandas castañas, es decir los frutos de la tierra y los del lenguaje y del alma, pero, al día siguiente, mientras Títiro llevará sus ganados a pacer y tocará la flauta cuanto quiera, Melibeo tendrá que dejar el país natal, igual que los campesinos que entonces fueron desposeídos de sus bienes en beneficio de los veteranos del ejército. Tendrá que ir hasta el confín de la tierra, en las orillas del Oaxes, el actual Amu-Daria, o tener sed en África, o vivir en algún lugar extremo, *partido del resto del mundo*⁴. En el diálogo entre Títiro y Melibeo, se puede ver entonces un acto fundador inaudito, pues no sólo Virgilio inaugura su obra entera con un canto de adiós y fidelidad, de permanencia y desgarró, sino que pone la cuestión del exilio a la base de todo deseo de presencia en el mundo. Nos invita a tejer juntos, en el poema y en la vida, la voz del exilio y la voz del arraigo, pues cuando dialogan y cantan juntas es cuando estas voces comparten la misma esperanza, la de una resonancia sin principio ni final entre las dos partes de nuestra alma y nuestra condición humana, entre el lugar real de nuestra vida en la historia y el lugar fuera de todo lugar del poema.

En Cuba, al vivirla María Zambrano pudo ahondar en una experiencia de este orden, y llegamos a pensar que por las calles de La Habana, una voz cantaba en ella una copla popular española:

*Fui piedra y perdí mi centro
Y me arrojaron al mar
Y al cabo de largo tiempo
Mi centro vine a encontrar.*

Traducido por Laurence Breysse-Chanet ("Fleurs de papier japonais")

3. Traducción de Fray Luis de León.

4. Traducción por Juan Manuel Rodríguez Tobal, ver <http://www.depauw.edu/learn/adelantado/issue4/maron.html>